

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

**El “dialeuto lijítimo”: Palacios, Unamuno,
Saavedra y el etnonacionalismo lingüístico en
Chile a comienzos del siglo XX**

*The “legitimate dialect”: Palacios, Unamuno, Saavedra, and linguistic ethno-nationalism
in Chile in the early 20th century*

DARÍO ROJAS

Universidad de Chile, Chile

RESUMEN En el presente trabajo se estudia la recepción de las ideas de Nicolás Palacios sobre el castellano chileno y su relación con la “raza chilena”, en el campo de los estudios del lenguaje en Chile a comienzos del siglo XX. El estudio se basa en el análisis historiográfico de las ideas lingüísticas desde un enfoque glotopolítico (es decir, en cuanto ideologías lingüísticas), y toma como objeto un corpus de discursos metalingüísticos publicados entre 1905 y 1908 como libros, folletos o como artículos en la prensa por el escritor y filólogo vasco Miguel de Unamuno y el profesor de idiomas chileno Julio Saavedra Molina. El análisis se concentra en identificar los posicionamientos subyacentes a las ideas y representaciones que sobre el lenguaje muestran los autores de dichos discursos, y establecer su relación con el contexto material de producción y con la historia de la formación de ideologías lingüísticas en Chile, consideradas en su contexto supranacional. Las conclusiones del estudio rescatan que, a pesar de la excentricidad de la tesis de Palacios, no corresponde a un producto intelectual aislado de su contexto y completamente



Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0).

divergente del clima de opinión predominante en el Chile de esta época, como revelan las ideas de Saavedra. Por ello, representa un punto de fuga relevante respecto de la ideología dominante del largo siglo XIX chileno y un contrapunto en adelante ineludible para el hispanismo, representado acá por Unamuno.

PALABRAS CLAVE Etnonacionalismo lingüístico; glotopolítica; historia de las ideas lingüísticas; historiografía lingüística; ideología lingüística.

ABSTRACT This paper studies the reception of Nicolás Palacios' ideas on Chilean Spanish and their relationship with the "Chilean race" in the field of language studies in Chile in the early 20th century. The study is based on a historiographical analysis of linguistic ideas from a glotopolitical perspective (i.e., in terms of linguistic ideologies), and takes as its object a corpus of metalinguistic discourses published between 1905 and 1908 as books, pamphlets, or articles in the press by the Basque writer and philologist Miguel de Unamuno and the Chilean language teacher Julio Saavedra Molina. The analysis focuses on identifying the positions underlying the ideas and representations of language expressed by the authors of these discourses, and establishing their relationship with the material context of production and with the history of the formation of linguistic ideologies in Chile, considered in their supranational context. The conclusions of the study highlight that, despite the eccentricity of Palacios' thesis, it is not an intellectual product isolated from its context and completely divergent from the prevailing climate of opinion in Chile at the time, as revealed by Saavedra's ideas. It therefore represents a significant departure from the dominant ideology of the long 19th century in Chile and an unavoidable counterpoint to Hispanism, represented here by Unamuno.

KEY WORDS Glottopolitics; history of linguistic ideas; language ideology; linguistic ethno-nationalism; linguistic historiography.

1. Introducción

Siguiendo las ideas de Andrés Bello, la mayoría de los intelectuales chilenos del largo siglo XIX¹ abrazaron ideales racionalistas, hispanistas y clasistas en lo relativo al lenguaje. Por esto prevaleció entre ellos una actitud negativa hacia los rasgos dialectales particulares del español de Chile, especialmente aquellos cuya indicialidad los asociaba a los grupos subalternos (Rojas et al., 2021). A comienzos del siglo XX, *Raza Chilena* de Nicolás Palacios, publicado originalmente en 1905, introduce un vector de divergencia respecto de la ideología dominante. Este autor muestra una actitud positiva hacia el castellano chileno pues considera que este, esencializado en las prácticas lingüísticas del “roto”, es un reflejo auténtico del alma de la “raza chilena”. Por ello, lo califica de “dialeuto lijítimo” (Palacios, [1904] 1918, p. 197)². Aunque esta singularidad pudiera creerse relacionada con la influencia de la llegada de Rodolfo Lenz a Chile (Rojas, 2024), en realidad da cuenta de un cauce ideológico paralelo al de la emergencia del campo de las ciencias del lenguaje en el país, aunque sin duda incidente en este. La clave contextual pertinente en este caso es la emergencia del nacionalismo cultural/identitario/étnico en Chile, asociado al pensamiento racial, lo cual nos invita a considerar el caso de Palacios ya no como una excentricidad, sino como síntoma de un clima de opinión que, sobre todo desde las primeras décadas del siglo XX, influye en una multitud de ámbitos de la vida pública chilena, desde la educación hasta las políticas sanitarias (Subercaseaux, 2011).

A partir de lo anterior, vale la pena acometer un objetivo del cual la historiografía de las ideologías lingüísticas en Chile no se ha hecho cargo: la recepción de las ideas de Palacios en el campo de los estudios del lenguaje, en relación con la interrogante de cuál pudo haber sido el papel del etnonacionalismo lingüístico en la historia de la formación de ideologías lingüísticas en Chile. Por señalar dos de los ejemplos más mencionados (pero nunca estudiados en detalle), Miguel de Unamuno, el renombrado escritor, filósofo y filólogo vasco, calificó la hipótesis de Palacios de “disparatadísima” (Arancibia, 1986, p. 74), y Oroz (1940, p. 317), una de las figuras centrales del campo

1. Este concepto se refiere a un periodo de la historia política del lenguaje en Chile que se inicia con la llegada de Andrés Bello a Chile, en 1829, y concluye en torno a dos hitos significativos: la oficialización de la ortografía académica en el país, en 1927, y la heroización del lingüista Rodolfo Lenz, que transcurre entre 1925 y 1940.

2. La frase es parte del párrafo final del apartado lingüístico del libro de Palacios, en que performativiza la identidad de “roto chileno” recurriendo al *regiolectal spelling* (Androutsopoulos, 2000), que pretende hacer resaltar gráficamente fenómenos (usualmente fónicos) asociados a determinadas variedades dialectales o sociolectales. En este artículo, se respetarán las prácticas ortográficas de los textos originales, tanto en citas textuales como en la mención de términos. Esto es especialmente importante de considerarse en las citas de obras de Julio Saavedra Molina, que emplea la ortografía reformada chilena.

de la lingüística en Chile a mediados del siglo XX, caracterizó como “tesis absurda” su propuesta.

En general, la parte lingüística de las ideas raciales y nacionalistas de Palacios ha quedado prácticamente desatendida por la historiografía de la lingüística y de las ideologías lingüísticas (excepto por Rojas, 2014, 2016), a pesar de que su obra en general ha formado parte central de los estudios sobre el nacionalismo y la historia de las ideas en Chile (por ejemplo, en Larraín, [2001] 2014, o en Subercaseaux, 2011; véase también Cid y San Francisco, 2009 y 2010). Esto último no puede extrañar si se considera que la obra de Palacios gozó de una influencia indiscutible en el clima intelectual del periodo 1900-1930, como muestra detalladamente Subercaseaux (2011). Esta influencia se prolonga hasta bien entrado el siglo XX, cuando el ideario etnonacionalista de Palacios fue apropiado y reinterpretado de diversas formas (Bivort, 2022). En particular, sus ideas impactaron en los intelectuales nacionalistas asociados al Partido Unión Nacionalista. Entre ellos, destaca el historiador conservador Francisco Antonio Encina (1874-1965), autor de una *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891* (1940-1952) que “ha ejercido y ejerce en el presente una influencia difícilmente mensurable sobre la idea que el chileno medio tiene de su pasado, sus cualidades como pueblo, sus instituciones y personajes” (Gazmuri, 1981, p. 227).

El presente estudio se basa en el análisis historiográfico de las ideas lingüísticas desde un enfoque glotopolítico; es decir, considera las ideas sobre el lenguaje como *ideologías lingüísticas* (Del Valle y Meirinho-Guede, 2016). Esto implica entender las representaciones metadiscursivas no como constructos socio-cognitivos abstractos, sino relacionados con la materialidad, contextualidad e historicidad de la agencia humana. De tal forma, la ideología se entiende como co-constitutiva de relaciones de poder y dominación (Ostrowski, 2022; Thompson, 1984). Por esta misma razón, se trata de una manera de entender la historia de las ideas lingüísticas compatible con el enfoque glotopolítico, en la medida en que subyace a esta una teorización del lenguaje como práctica social en contexto, inextricablemente involucrada en la constitución de relaciones de poder y regímenes de normatividad social, así como sujeta a una actividad metadiscursiva consustancial a su naturaleza normativa (Del Valle, 2024).

La investigación toma como objeto un corpus de discursos metalingüísticos publicados entre 1905 y 1908 como libros, folletos o como artículos en la prensa por el escritor y filólogo vasco Miguel de Unamuno y el profesor de idiomas chileno Julio Saavedra Molina. El análisis se concentra en identificar los posicionamientos subyacentes a las ideas y representaciones que sobre el lenguaje muestran los autores de dichos discursos, y establecer su relación con el contexto material de producción y con la historia de la formación de ideologías lingüísticas en Chile, consideradas en el contexto transnacional de las políticas lingüísticas del hispanismo, en el que participan instituciones e intelectuales tanto de América como de España.

2. La obra de Palacios y su contexto

2.1. Nación y raza en la historia de las ideas lingüísticas

La relación entre lenguaje y nación se encuentra en el meollo de los tratados más citados sobre el nacionalismo. Según la célebre propuesta de Anderson ([1983] 2021), la construcción de las comunidades imaginadas modernas solo es posible gracias al capitalismo impreso, de manera que la lengua común (estandarizada) es una condición de posibilidad de la nación. Hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, la organización de la producción capitalista exige cada vez con mayor fuerza la alfabetización de la población, lo cual lleva, según Hobsbawm ([1990] 1992), a que la preocupación por la lengua nacional (vehículo de la educación) ocupe un lugar todavía más central. Un problema relevante es que, si bien Anderson y otros adoptan una perspectiva constructivista sobre la nación, asumen las “lenguas” como algo dado. En contraste, la bibliografía de inclinación antropológica destaca la emergencia conjunta o co-construcción de las categorías “nación” y “lengua”, poniendo énfasis en el rol de la ideología (lingüística) como mediadora entre ambos constructos (Eisenlohr, 2006, p. 189).

Según plantea Geeraerts ([2003] 2016, p. 10), los procesos de construcción de estándares lingüísticos, sea a partir de un modelo racionalista o a partir de uno romántico, suelen operar en el nivel de la nación, que se entiende como la forma ideal de organización política. La postura racionalista, representada en Chile por Bello y sus epígonos, adopta el *nacionalismo cívico*, en el que la legitimidad de la nación deriva de la participación de los ciudadanos mediante un sistema representativo (*nación-contrato*). Esta versión del nacionalismo, de hecho, es la que prima en la primera mitad del siglo XIX en Chile (Subercaseaux, 2011). Pero la versión del nacionalismo que nos sirve para entender la obra de Palacios y su recepción es aquella en que esta legitimidad deriva de la identidad cultural del “pueblo” (*nación-herencia*): el *nacionalismo identitario*, más bien vinculado con el modelo romántico. En este modelo, el lenguaje sirve de instrumento de expresión, pero no para el individuo, sino para la comunidad, que se asume comparte una serie de características (mentalidad, espíritu, etc.) que convierten a sus integrantes en un solo cuerpo orgánico.

La concepción romántico-identitaria de la relación entre lenguaje y nación tiene una de sus manifestaciones en la ideología lingüística del *etnonacionalismo lingüístico* (Eisenlohr, 2006) o *nacionalismo etnolingüístico* (Bonfiglio, 2010), y tiene correlato con el surgimiento de los nacionalismos modernos en la Europa de los siglos XVIII y XIX. Según Eisenlohr, esta ideología opera a través de “the imagination and construction of communities through images of language and linguistic difference” (Eisenlohr, 2006, p. 190). Para Bonfiglio, se trata de “the confluence of folkloric notions of ethnicity, nativity, maternity, and exclusive ownership in the discourse of

national language" (Bonfiglio, 2010, p. 6). De acuerdo con Hutton (2006) y Bonfiglio (2010), la raigambre romántica de esta ideología hace que se organice en torno de los constructos "lengua materna" y "hablante nativo". El enfoque romántico de la relación entre lengua y nación se remonta a los intelectuales de fines del XVIII que elaboraron el concepto de *Volk*, "pueblo", entre los que sobresalen Johan Gottfried von Herder, Johan Gottlieb Fichte y Wilhelm von Humboldt, que confluyen en lo que se conoce como la "tradición humboldtiana" en los estudios del lenguaje.

La etnicidad, sin embargo, no implica por necesidad absoluta el constructo de "raza": en el etnonacionalismo lingüístico, el factor racial hace su entrada de manera más bien tardía. Esto ocurre en la segunda mitad del XIX, a partir del impacto de los trabajos de Charles Darwin no solo en las ciencias naturales, sino también en las ciencias humanas e históricas que se modelaron a partir de aquellas, tales como la lingüística. Con el tiempo, la recepción de los argumentos darwinianos derivó en la clasificación jerárquica de grupos humanos basándose en la biología y en la clasificación evolucionista de las lenguas, correlacionada con la de los grupos humanos que las hablaban (McElhinny y Heller, 2020, pp. 138-140). La inscripción del constructo "raza" en el centro del aparato conceptual de las ciencias del lenguaje tiene su auge en las primeras décadas del siglo XX, especialmente en Alemania. De acuerdo con Hutton, "linguistics is both the parent and child of race theory" (Hutton, 1999, p. 3), en cuanto, por un lado, los "cientistas raciales" del siglo XIX se alimentaron de las categorías lingüísticas desarrolladas en la lingüística histórico-comparada (el método histórico-comparativo se asumió como la llave para descifrar la historia de las razas), y, por otro, la lingüística se puso a la cabeza de las disciplinas orientadas a la clasificación de la diversidad humana (véase Irvine y Gal, 2000; McElhinny y Heller, 2020; Thomas, 2024).

Los cuestionamientos a la dimensión jerarquizante y racista de los estudios del lenguaje proliferan a principios del siglo XX, y tuvieron su representante más reconocido en el influyente antropólogo alemán Franz Boas (1858-1942). Boas pensaba que razas, culturas y lenguas debían tratarse como categorías separadas, que corrían por carriles históricos diferenciados, y que eran competencia de disciplinas distintas. Junto con cuestionar el nacionalismo basado en la idea de raza, también se mostró escéptico frente a la idea de que una nación pudiera basarse en la comunidad de lenguaje; para él, el único criterio que aglutinaba a una nación era la "vida emocional" (McElhinny y Heller, 2020, p. 146), lo cual en principio permitía un ensanchamiento de la comunidad hasta un nivel universal. Gracias a la influencia de los trabajos de Boas y otros intelectuales, la corriente humboldtiana en su vertiente racista perdió crédito y fue desplazada al margen de la organización disciplinar. Esto se correlaciona con una retirada más amplia de la visión biologicista de lo racial en las ciencias sociales en el periodo que media entre las dos guerras mundiales, en favor de una visión culturalista (Barkan, 1992).

2.2. *El etnonacionalismo en Chile*

Las dos últimas décadas del s. XIX chileno fueron marcadas por una sensación de crisis que originó el surgimiento de dos actitudes principales frente a ella: el cosmopolitismo y el nacionalismo cultural (o identitario, o étnico) de cuño romántico. Aunque ambas responden al contexto de la modernidad, la segunda de estas fue predominante, mientras que la primera quedó más bien circunscrita a las vanguardias artísticas. El éxito del nacionalismo cultural en el Chile de esta época se debe a que fue funcional a la predominante “escenificación del tiempo histórico nacional en términos de *integración*” (Subercaseaux, 2011, p. 211), que buscaba superar la crisis mediante una regeneración del deteriorado ser nacional a través de políticas tales como la nacionalización de la educación, la industrialización (y nacionalización) de la economía y el desarrollo y defensa de la raza. Se trata de un momento de *integración* porque “estimula la reelaboración de la identidad nacional en una perspectiva de cohesión e integración social. Una identidad que permite sumar, aunque sea simbólicamente, a los sectores medios y populares, incluso a los indígenas” (Subercaseaux, 2011, p. 276). En suma, es “un nacionalismo que funciona como argamasa en una sociedad conflictuada por la modernización” (Subercaseaux, 2011, p. 458).

Entre las circunstancias contextuales de la parte final del siglo XIX que explican la deriva nacional-culturalista, sobresale el papel importante desempeñado por los *rotos* en la Guerra del Pacífico (1879-1884), que hacían pensar en la necesidad de retribuir de alguna forma su contribución al triunfo bélico que había permitido al país enriquecerse. Asimismo, la coyuntura del Centenario de la Independencia propició la revitalización del interés por la identidad nacional. También resulta muy relevante la abundante inmigración europea respaldada por el Gobierno chileno y percibida por algunos como una amenaza para la identidad local, y el conflicto de límites con Argentina, entre otros. Las políticas diseñadas para abordar estos problemas concretos alcanzaron “campos tan dispares como la educación, la lucha contra el alcoholismo, el fomento del deporte, la reflexión sobre el derecho y la delincuencia [...] y la higiene pública asumida como eugenesia” (Subercaseaux, 2011, p. 281).

En este conjunto de circunstancias, los intelectuales chilenos se apropiaron creativamente de las ideas de pensadores europeos, especialmente de Francia y Alemania, que fueron movilizadas para darle un sustento teórico al proyecto de regeneración nacional. El núcleo principal de este marco teórico estaba formado por el darwinismo social y el pensamiento racial, que penetraron en Chile a través de las obras de Georges Vacher de Lapouge, Alfred Ploetz, Herbert Spencer, y en especial, del francés Gustave Le Bon, “el darwinista social más leído y citado en América Latina” (Subercaseaux, 2011, p. 277). A través de los franceses, en particular, circularon las ideas expresadas por Joseph Arthur, conde de Gobineau (1816-1882), figura clave en la formación intelectual de un amplio abanico de intelectuales y artistas europeos, desde

Le Bon y Vacher de la Poughe hasta Nietzsche, Richard Wagner, Renan y Broca, entre otros (Gazmuri, 1981, pp. 229-230).

Trasladando la teoría de la selección natural al ámbito psicosociológico, Le Bon proponía que cada pueblo tenía una constitución mental particular, un “alma”, un “carácter nacional” determinado por la raza de sus miembros, es decir, por factores biológicos. Esta constitución mental, a su vez, era el principal determinante de la historia y la evolución de ese pueblo. Por otra parte, la mentalidad de un pueblo estaba vinculada a la irracionalidad y el inconsciente, y, por lo tanto, a factores atávicos, es decir, se trataba de una manifestación de rasgos ancestrales. El carácter nacional (y, por lo tanto, la identidad de una nación) era definido por los rasgos psicológicos compartidos por los miembros de una misma raza. Igualmente, es parte integral de su aparato conceptual una especie de caracterología racial, que atribuye determinados rasgos psicológicos hereditarios a ciertas razas y otros a otras. La diferencia e incompatibilidad de constitución mental y rasgos psicológicos es lo que torna problemática la mezcla de razas; ya que se trata de rasgos hereditarios, no se pueden cambiar.

Le Bon, Vacher de la Poughe, Spencer y Darwin fueron las principales fuentes intelectuales directas de Nicolás Palacios, como puede comprobarse en las citas que el chileno hizo de las obras de aquellos intelectuales europeos (Gazmuri, 1981, p. 236).

2.3. Nicolás Palacios y Raza chilena

El caso de Nicolás Palacios es de especial interés para la historiografía de las ideologías lingüísticas en Chile, pues permite ilustrar cómo las prácticas lingüísticas pueden ser objeto de actitudes distintas dependiendo de las creencias de base: es decir, cómo la ideología sirve como una especie de “lente” que introduce una determinada perspectiva respecto de nuestras experiencias de mundo (Ostrowski, 2022, p. 49). La obra de Palacios es especialmente reveladora al respecto por poner su foco en un objeto que fue medular para las discusiones sobre el lenguaje en el periodo 1829-1927: las prácticas lingüísticas de los sujetos subalternos, o, si se quiere, el “habla popular”.

A diferencia de muchos intelectuales chilenos de este periodo, Nicolás Palacios (1854-1911) no era miembro de la oligarquía, sino un *intelectual mesocrático* (Pinto y Salazar, 1999). En 1880, antes de terminar sus estudios de Medicina, se enroló como cirujano militar en la Guerra del Pacífico. Participó en las batallas de Tacna, Chorrillos y Miraflores, así como en la ocupación de Lima. Es en este contexto en el cual Palacios desarrolla un afecto por los sectores populares y por la figura del roto. Es hacia fines del siglo cuando Palacios comenzó a reflexionar y escribir con sistematicidad acerca de lo que percibía como un conflicto racial en Chile. En 1900, Palacios viajó a Europa y allí escribió una serie de artículos en defensa de las masas chilenas, que, según su percepción, estaban siendo difamadas. Es en este viaje cuando, al parecer, pudo haberse premunido de un marco teórico lingüístico para sus argumentos: “En

Alemania, Francia e Italia toma contacto al parecer con lingüistas y biólogos y, con paciencia, revisa los ficheros de las bibliotecas públicas” (Tupper, 1987, como se citó en Bivort, 2022, p. 87). Es difícil saber quiénes fueron estos lingüistas, o qué libros de lingüística revisó, ya que Palacios no suele citar las fuentes a las que recurrió para desarrollar ciertas ideas sobre el lenguaje en sus escritos.

Las cartas y artículos que escribió en estos años, junto con otros textos publicados en Valparaíso, fueron reunidos en el libro *Raza Chilena* (subtitulado *Libro escrito por un chileno y para los chilenos*), publicado anónimamente en 1904. En él, firmaba como “un roto chileno”, lo cual da cuenta de la voz que asume. El libro fue reeditado en 1918, siete años después de la muerte de Palacios, por su hermano Senén. Esta vez, llevaba el nombre del autor en la portada, y, en un capítulo preliminar, Senén ofrecía una biografía de su hermano. En el momento de la publicación original, hubo un relativo desconocimiento y desprecio de *Raza chilena*. Fueron claves, para remediar esta pobre recepción inicial, los numerosos divulgadores que a través de la prensa dieron a conocer de manera sucinta las principales ideas del libro. Por esta vía, *Raza Chilena*, según Arancibia, terminó convirtiéndose en un texto que marcó época entre sus contemporáneos, principalmente porque ofrecía una respuesta “significativamente optimista” (Arancibia, 1986, p. 97) a las inquietudes propias de la crisis de identidad finisecular.

El libro está conformado por dos volúmenes, en los que, como señala Alvarado (2005), Palacios propone una hipótesis totalizadora sobre la identidad nacional: existe una raza chilena homogénea, una “raza histórica”, en términos de Le Bon, que constituye el fundamento de la nación chilena. Esta raza tiene una constitución mental uniforme, determinada por los rasgos psicológicos comunes y fundamentales de sus dos antecesores: los godos y los mapuches (llamados por Palacios *araucanos*). Como los godos y los mapuches, la raza chilena tendría una psicología patriarcal, caracterizada por rasgos como la valentía, la sobriedad, la austeridad, el amor a la patria, un carácter templado, el rechazo a los ornamentos superficiales, el gusto por la guerra, el lenguaje austero, directo y no ornamentado, entre otros. Según Palacios, el roto, el mestizo chileno de las clases bajas, representa la esencia de esta raza.

Sobre la base de esta hipótesis, Palacios sostuvo una actitud positiva hacia el español de Chile, sobre todo hacia la variedad hablada por los estratos populares. Afirma que el dialecto chileno es la manifestación más auténtica de la psicología patriarcal que él considera característica de la raza chilena; en consecuencia, sostiene que el dialecto chileno es el “dialeuto lijítimo” de esta raza. Palacios recurre a procesos semióticos como la iconización y el ocultamiento para representar ideológicamente el dialecto chileno (Rojas, 2014). En cuanto a la iconización (Irvine y Gal, 2000), identifica dos tendencias generales del habla popular chilena que son congruentes con la psicología patriarcal de la raza chilena: 1) la tendencia a regularizar la morfología, y 2) la tenden-

cia a acortar y simplificar frases y palabras. Ambas son manifestaciones de la sicología de la raza chilena porque revelan “el predominio de la idea sobre la forma, de lo esencial sobre lo secundario” (Palacios, [1904] 1918, p. 184). La iconización se manifiesta a través de la asociación entre las tendencias lingüísticas del dialecto chileno (simplificación y regularización) y la naturaleza psicológica de la raza chilena (predominio del contenido por sobre la forma, sobriedad, etc.). De esta forma, Palacios esencializa los rasgos caracterizadores del español de Chile, en cuanto atribuye su existencia a una supuesta esencia natural de sus hablantes.

Otra operación ideológica que realiza Palacios es la historización, proceso mediante el que reelabora de manera revisionista la historia de la lengua española con el fin de dotar de legitimidad al habla popular de Chile (Rojas, 2016). Palacios defiende que muchas de las características del habla chilena, que han sido criticadas como invenciones de personas sin educación o como corrupciones del dialecto chileno, tienen, de hecho, origen en la lengua de los godos. A diferencia de lo señalado habitualmente por las autoridades en materia de historia del español, Palacios cree que la influencia gótica en la formación del romance castellano (y otros idiomas romances) fue muy profunda. Por el contrario, la influencia de lenguas indígenas como el mapudungun (y aquí se opone frontalmente a Lenz) sería nula, a pesar de que la sangre mapuche aporta la otra mitad en la génesis de esta supuesta raza chilena. Aquí es donde Palacios aplica un ocultamiento ideológico (Irvine y Gal, 2000), que conlleva un paradójico blanqueamiento racial del pueblo chileno.

3. La recepción de las ideas lingüísticas de Palacios

En la introducción se mencionó la opinión negativa que *Raza chilena* generó en dos figuras relevantes del hispanismo: Miguel de Unamuno y Rodolfo Oroz. Este último, en su texto de 1940, hace un gesto discursivo muy escueto (“El autor revela buenos conocimientos de la lengua vulgar chilena, pero defiende una tesis absurda”; Oroz, 1940, p. 317), pero profundamente significativo, pues se trata de una bibliografía sobre los estudios del español en Chile³ firmada por la entonces principal figura de la lingüística y la filología en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. No es extraña, entonces, la referencia que hizo un intelectual chileno, Carlos Valerdi, en una carta a Unamuno fechada en 1907, sobre la opinión de Lenz acerca de la tesis de Palacios: “Leí al Dr. Lenz su artículo... y me contestó: yo también suspendo el discípulo que derive hidalgo del alemán o lo que fuere” (Arancibia, 1986, p. 89). El campo de las ciencias del lenguaje, o al menos su núcleo principal, se mostró reticente a aceptar

3. También podría considerarse sintomática de recepción negativa la omisión de la obra de Palacios por parte de la bibliografía crítica de Rojas Carrasco (1940), también conformadora de canon a nivel local.

un determinismo biológico en las prácticas lingüísticas, así como, sobre todo, poco favorable a aceptar la historia revisionista de la formación de la lengua española propuesta por Palacios.

El propio Oroz, a propósito de lo “absurdo” de la tesis de Palacios, indica: “V[éase] crítica de M. de Unamuno”, y también sugiere: “cf. Julio Saavedra Molina...”. Mediante estas muy sucintas referencias a las obras de Unamuno y Saavedra, Oroz señala implícitamente secundar la crítica de Unamuno, aunque pone como contrapunto (“cf.”) la opinión de Saavedra. En lo que sigue, estudiaremos la manera en que estos dos intelectuales reaccionan al etnonacionalismo lingüístico de Palacios. El estudio de las ideas de Saavedra, sobre todo, nos permitirá hacer un desenfoque respecto del caso de Palacios y asomarnos al nacionalismo lingüístico en el ámbito educativo, del cual es un autor muy representativo (Cifuentes, 2022).

3.1. Unamuno, la lengua y la raza

Pudiera parecer que la opinión de Unamuno acerca de *Raza chilena* tiene que ver más bien con su recepción internacional, pero lo cierto es que “la relación de Miguel de Unamuno con Chile fue amplia y fructífera” (Arancibia, 1986, p. 66). Esta relación se materializó en su correspondencia habitual con intelectuales chilenos, en sus reseñas de obras chilenas publicadas en la prensa española (especialmente entre 1901 y 1906) y en la circulación y conocimiento de sus opiniones en el campo cultural chileno. Uno de los ejemplos más prístinos del impacto de las opiniones de Unamuno en Chile es, precisamente, su crítica al libro de Palacios. Según Arancibia (1986, p. 68), fue el propio Palacios quien movió hilos para que Unamuno conociera su obra, a lo que se sumó la incitación de “una serie de admiradores e informantes” (Arancibia, 1986, p. 72) del vasco, que le escribieron desde Chile para sugerirle reseñar *Raza chilena*.

Su primera aproximación fue tangencial: a propósito de una crítica a *La ciudad de las ciudades* de Benjamín Vicuña Subercaseaux, declara su opinión global sobre *Raza chilena*, de forma muy breve:

[...] obra disparatadísima y anónima [...]; libro en que, por contrapeso al latinismo, se establece un germanismo aún más absurdo y desprovisto de todo fundamento científico, hasta el punto de pretender que Valdivia era de raza gótica y otras cosas no menos peregrinas. Entre las cuales sobresalen, por lo extraordinario de la osadía y lo absurdo de ella, la de suponer que las formas haiga, haigamos, etc., por haya, hayamos, etc., que no son chilenas, sino también españolas, y cuyo origen analógico es perfectamente conocido, provienen del gótico; las de querer hacer voces góticas a ojo, más, suegro, etc. [...] No, el roto chileno, ni es latino, ni tampoco araucano-gótico. [...] El chileno es chileno y debe bastarle, y su lengua, es lengua española (Unamuno, 1906, como se citó en Arancibia, 1986, p. 74).

Aunque en aquella ocasión prometía publicar pronto su reseña detallada del libro de Palacios, no lo hizo sino hasta agosto de 1907, cuando circuló en *El Diario Ilustrado* de Santiago un artículo en que Unamuno se hacía cargo de esta tarea pendiente. La impresión negativa de Unamuno tenía que ver con la tesis de fondo del libro, que consideraba “patriotera” y desprovista de fundamentos científicos. Se concentró en los capítulos y argumentos lingüísticos, que, por una parte, resultaban centrales para el propio Palacios y, por otro, correspondían a aquellos que Unamuno, por su posicionamiento disciplinar (especialista en Filología, catedrático de Griego e Historia de la Lengua Española en Salamanca), estaba en mejores condiciones de rebatir. Así, “la crítica unamuniana a esta parte del libro no sólo era la más dura sino también la más contundente y mejor fundamentada. Con minuciosidad, iba desbaratando una a una la gran mayoría de las afirmaciones que en estas materias presentaba Palacios” (Arancibia, 1986, p. 84). Una de sus críticas a Palacios es que desconoce el castellano de España, porque muchos de los fenómenos que considera nacionales eran propios del habla popular de muchas partes de la Península, especialmente en Andalucía, “precisamente en la región menos gótica de España” (Unamuno, 1907, como se citó en Arancibia, 1986, p. 85).

Más allá de los detalles dialectológicos y lingüístico-históricos, el desacuerdo de Unamuno alcanzaba a la base teórica misma del tratado de Palacios. En lo relativo a la relación entre raza y lenguaje, la opinión de Unamuno era que “para la vida del espíritu, para la vida de la cultura, la raza es el idioma” (Unamuno, 1907, como se citó en Arancibia, p. 83); que “El lenguaje, instrumento de la acción espiritual, es la sangre del espíritu, y son de nuestra raza espiritual humana los que piensan y por tanto sienten y obran en español” (Unamuno, [1923] 1958, p. 941); y que “La Fiesta de la Raza espiritual española no debe, no puede tener un sentido racista material -de materialismo de raza-...” (Unamuno, [1923] 1958, p. 947). De esta forma, Unamuno cierra la puerta a cualquier posible explicación fisiológica para el concepto de raza y por tanto a un posible determinismo biológico en el lenguaje.

En la postura de Unamuno pudo haber influido su oposición a una de las ideas fundamentales del nacionalismo vasco de fines del XIX, como era la de la existencia de una “raza vasca” caracterizada por su pureza, en la cual existe un paralelo evidente con las ideas de Palacios. Tampoco Unamuno creía en la posibilidad de cultivar la identidad lingüística a través del euskera, que consideraba inapropiado para la vida moderna. Por ello da un giro castellanista, “transfiere su deseo de comunidad a una raza hispana abstracta y espectral, y por esta razón extensible” (Resina, 2004, p. 147). Esta comunidad, según Resina, está *descorporeizada*: se trata de un “cuerpo espectral irrigado por sangre espiritual” (Resina, 2004, p. 147). De ahí la irrelevancia que para Unamuno tiene la sangre material, que sería el anclaje biológico de la raza. Hay un paralelo sugerente entre la crítica teórica de Unamuno a la tesis de Palacios y el excep-

ticismo de Boas frente a la asociación biologicista entre raza, lenguaje y nación. En un famoso discurso leído en los Juegos Florales de Bilbao en 1901, Unamuno afirmaba: “Tengamos también los vascos nuestro imperialismo, un imperialismo sin emperador, difusivo y pacífico. Rebasemos de la patria chica, chica siempre, para agrandar la grande y empujarla a la máxima, a la única, la gran Patria humana” (García Blanco, 1958, p. 35). Este pasaje tiene claro ecos en las ideas de Boas, quien, en una lógica evolutiva teleológica, parecía creer en “an inevitable progression of enlarging circles of association, developing increasingly larger political units to facilitate human freedom” (McElhinny y Heller, 2020, p. 146).

Puede verse, entonces, que a Unamuno no lo convencían las tendencias nacionalistas que buscaban resaltar forzosamente las particularidades lingüísticas para justificar la diferencia nacional, y en cambio creía en los beneficios de la integración de los pueblos en comunidades lingüísticas de más amplio alcance, lo cual es coherente con su idea de que “la raza es la lengua”. Esto es lo que podría estar detrás de la convergencia de sus discursos con la ideología del hispanismo, como se aprecia en los siguientes pasajes, que dan cuenta de su defensa del artefacto metadiscursivo que denominó *sobrecastellano* o *hispanoamericano*, “el viejo romance castellano enriquecido por su contacto con nuevas ideas y nuevas culturas” (Velleman, 2004, p. 62):

Y aquí estamos el pueblo que habla español. Recluídos de nuevo en nuestra Península. Y ahora nos acordamos de nuestra raza. Nuestra unidad es o será la lengua, el viejo romance castellano convertido en la gran lengua española (Unamuno, 1899, como se citó en García Blanco, 1958, p. 55).

[...] el vascuence se muere sin remedio. Se muere y la adopción por mi pueblo de un idioma de cultura es el único medio para llevar a la cultura común nuestro espíritu y perpetuarlo en ella. Necesitamos hablar castellano, ante todo y sobre todo, para imponer nuestro sentido a los demás pueblos de lengua castellana primero, y a través de ellos, a la vida histórica de la Humanidad (Unamuno, 1905, como se citó en García Blanco, 1958, p. 37).

Como es propio del hispanismo, la comunidad postulada comprende también los territorios de las antiguas colonias, y por lo mismo se muestra optimista respecto del futuro de la unidad de la lengua española:

Todo aquello del idioma argentino, los infundios del doctor Abeille... es pura filfa y ganas de hablar. Lo que saldrá de la comunicación literaria entre las repúblicas americanas y España es el español, del que es base el castellano. No debe olvidarse que de Méjico a Chile hay más diferencia que de cualquiera de ellos a España (Unamuno, 1901, como se citó en García Blanco, 1958, p. 56).

No están hoy los pueblos de lengua española tan apartados unos de otros, que quepa en alguno de ellos diferenciación lengüística [sic] que no refluya inmediatamente en los demás. Por fuerte que pueda llegar a ser la tendencia a la diferenciación, la tendencia a la integración será mayor. Siempre predominará el interés supremo: el de que nos entendamos todos (Unamuno, 1903, como se citó en García Blanco, 1958, p. 56).

La justificación de que los americanos participen en dicha comunidad ampliada, igual como en el caso de los vascos, es que “los argentinos y todos los demás pueblos de alma española reivindiquen su derecho a influir en el progreso de la común lengua española tanto como los castellanos mismos” (Unamuno, 1903, como se citó en García Blanco, 1958, p. 58). El rechazo de Unamuno a los nacionalismos lingüísticos separatistas es algo que trasciende ampliamente el caso de Palacios: también fue objeto de sus críticas la obra de Luciano Abeille *El idioma nacional de los argentinos* (1900). De hecho, en algunos pasajes de su correspondencia identifica explícitamente una continuidad entre las tendencias separatistas argentinas y las chilenas: “Recibí una publicación de Chile que me muestra que allí prende ahora la semilla de Abeille” (Unamuno, 1908, como se citó en García Blanco, 1958, p. 59).

El peso que la opinión de Unamuno podía tener en Chile se demuestra por la indignación al parecer bastante generalizada que su crítica generó: Carlos Valerdi señaló en una carta a Unamuno que su crítica “fue un cáustico que aún está haciendo patalear a la patriotería chilena” (Arancibia, 1986, p. 89). Por otra parte, también hubo quienes apoyaron a Unamuno, ente ellos el poeta Ernesto Guzmán, Miguel Gutiérrez o Manuel Álvarez y Arteta, español avecindado en Chile. En febrero de 1908, Enrique Hurtado Arias, periodista de origen peruano que firmaba con el seudónimo *Mirror*, manifestaba su extrañeza frente a la actitud de Unamuno antes el gesto de Palacios de dignificar el dialecto chileno historizándolo, y “echaba de menos una opinión consistente en torno a esa 'marcadísima inclinación que siempre hemos tenido en Chile a crearnos un idioma propio'” (Arancibia, 1986, p. 95). Unamuno contestó en *La Nación* de Buenos Aires:

Esa tendencia a arrogarse o pretender crearse un idioma nacional propio, es muy natural en los pueblos que habiendo logrado su independencia política no han conseguido aún la espiritual, es decir, no tienen aún una fisonomía propia que los distinga de los demás pueblos y a los ojos de éstos en el orden de la cultura. [...] Y esa tendencia irá remitiendo y debilitándose a medida que los pueblos hispanoamericanos vayan cobrando personalidad, como está ya sucediendo. Entonces comprenderán cuán inmensa ventaja es la de tener una lengua internacional, de veinte naciones, la más extendida en superficie y que llegará acaso a ser un día la que hable mayor número de hombres (Unamuno, [1908] 1958a, pp. 846-847).

Las modificaciones fonéticas que el autor señala, no se deben ni a aquella tierra ni a que sea otra raza; se deben a una lógica interna del castellano mismo, a un proceso de homogeneización y nivelación. Es la lengua misma, por decirlo así, la que se modifica, y obedeciendo a los mismos principios generales en Chile y en España (Unamuno, [1908] 1958a, p. 849).

No hay, pues, en la América española tales idiomas nacionales como cosa distinta del castellano (Unamuno, [1908] 1958a, p. 850).

La polémica terminó, finalmente, orientándose hacia el terreno lingüístico gracias a la intervención del profesor Julio Saavedra Molina, un “ardiente partidario de Palacios” que “asumió en forma acalorada la defensa de la conformación en Chile de un idioma nacional” (Arancibia, 1986, p. 96). En el apartado siguiente, volcaremos nuestra atención hacia sus ideas, pues permiten también sopesar la incidencia de Palacios en las redes intelectuales cercanas al entorno de Lenz y el Instituto Pedagógico.

Para cerrar la revisión de la intervención de Unamuno en la recepción de Palacios, podemos destacar, en primer lugar, que fue el propio medio intelectual chileno el que convocó la voz de Unamuno, lo cual da cuenta de cómo el problema es construido desde la agencia local. Es decir, se trata de una intervención glotopolítica muy relevante para la formación del régimen de normatividad lingüística en Chile, a pesar de que su enunciador opera primariamente en otro territorio y ocupa su propio lugar en otro campo. En segundo lugar, vale la pena destacar que, con su actitud antinacionalista (que no antirracista, aunque sí antibiologicista), Unamuno termina favoreciendo las tendencias hispanistas del campo intelectual local. Esto es importante porque la voz de Unamuno cuenta con la autoridad y prestigio de la ciencia del lenguaje, y por tanto permite entender cómo el hispanismo, como fuerza subterránea y adaptable, logra colocarse en los debates sobre la nación y la lengua en la parte temprana del siglo XX, incluso antes de la reactivación de la Academia Chilena, ocurrida en 1914. A pesar de que Unamuno no tenía en estima la labor de la Real Academia Española (Velleman, 2004, p. 55), sus intervenciones confluyen con las de aquella institución, en cuanto a sus efectos glotopolíticos. Resina, a propósito del giro hispanófilo que fueron tomando las ideas de Unamuno, destaca “el curioso imperialismo de Unamuno”, sinérgico con el neoimperialismo de la Falange, que “significa la confusión de los límites de los espacios políticos concretos y la proyección ideal de los sueños de grandeza” (Resina, 2004, pp. 161-162).

3.2. Julio Saavedra Molina y el "idioma patrio"

A pesar de que no abundan los estudios⁴ sobre las ideas lingüísticas de Julio Saavedra Molina (1880-1949), se trata de un personaje relevante para este capítulo de la historiografía de las ideologías lingüísticas en Chile, ya que representa un nodo conectado tanto con Rodolfo Lenz, de quien fue estudiante el Instituto Pedagógico, como con Palacios, a quien consideraba un referente para sus ideas nacionalistas y las de la Asociación de Educación Nacional (Subercaseaux, 2011, p. 253).

Saavedra se formó como profesor de Francés en el Instituto Pedagógico. La mayor parte de sus obras se dividen entre dos intereses principales: la reforma de la educación, especialmente la enseñanza de idiomas, y la crítica literaria, especialmente sobre la obra de Rubén Darío en Chile. En cuanto a lo primero, fue autor no solo de una serie de ensayos sobre asuntos teóricos y metodológicos (*Nuestro idioma patrio*, 1907; "De la renovación de la Gramática Castellana por los profesores del ramo", 1914; "Enseñanza cultural de idiomas extranjeros", 1916-1917; entre otros), sino también de una serie de instrumentos docentes, entre los que sobresalen sus multieditadas *Le Petit Francais* y una *Grammaire du Petit Francais*. Una tercera línea de trabajo de Saavedra corresponde a estudios sobre la pronunciación del castellano chileno, en cuyo marco hay que situar su intervención en la controversia Palacios-Unamuno. De hecho, fue un habitual colaborador de *Le Maitre Phonétique*, órgano de difusión de la Association Phonétique Internationale, con la cual también estuvieron vinculados Lenz y un buen número de lingüistas chilenos. Sus numerosos artículos sobre esta línea, publicados entre 1902 y 1909, iban a ser reunidos en un volumen titulado *Estudios sobre la pronunciación chilena*, que nunca llegó a publicarse (Silva Castro, 1950-1951, p. 11).

Un rasgo transversal a toda la actividad intelectual de Saavedra fue su comprometido activismo nacionalista. La creación del Instituto Pedagógico y su inclinación germana había desarrollado en el gremio docente una fuerte reacción nacionalista que criticaba la adopción indiscriminada de modelos extranjerizantes, lo cual en las primeras décadas del siglo XX se manifiesta en el debate entre un nacionalismo

4. Subercaseaux (2011, p. 252) lo aborda brevemente, a propósito del nacionalismo educacional, y caracteriza en un párrafo sus ideas sobre el lenguaje, tal como se pueden colegir de Saavedra (1907). Soto (2016) lo menciona de pasada, a propósito de su debate con Lenz acerca de la enseñanza del "idioma patrio". Cifuentes (2022) es el primer estudio monográfico sobre la ideología lingüística de Saavedra, y se enfoca en sus intervenciones metadiscursivas publicadas en la Revista de la Asociación de Educación Nacional, entre los que está el texto "Nuestro idioma patrio". Igual que en el caso de Palacios, Saavedra es omitido de la bibliografía de Rojas Carrasco (1940). Nadie, hasta ahora, se ha ocupado de estudiar en detalle sus intervenciones en la recepción de la obra de Palacios. Solo Arancibia (1986, p. 96) menciona muy someramente la intervención reactiva de Saavedra ante la crítica de Unamuno a la obra de Palacios.

educacional desarrollista, representado entre otros por Saavedra, Palacios, Encina, Carlos Fernández Peña y Darío Salas, y un humanismo ilustrado representado por Enrique Molina (Subercaseaux, 2011, p. 243). Los nacionalistas se aglutinaron en torno a la Asociación de Educación Nacional, fundada en 1904. Sus ideas clave fueron la “crítica a la educación humanista ilustrada y abstracta” y “la defensa y desarrollo de la raza chilena”, tras las cuales subyacía “la tesis de que la nación (entendida como raza, tradición y autoconciencia histórica) es la instancia que legitima la educación que se requiere” (Subercaseaux, 2011, p. 245). En el marco de esta asociación, Saavedra publicó intervenciones claves tales como el libro *Repeliendo la invasión* (1908) y *Reformemos nuestra enseñanza secundaria* (1912).

Antes del advenimiento de la polémica Palacios-Unamuno, Saavedra había publicado un comentario de la parte lingüística del libro de Palacios, que se enfocaba en su caracterización de la pronunciación popular chilena (Saavedra, 1905). En este documento, Saavedra discute algunos aspectos muy específicos relativos a la pronunciación de la /d/ y la aspiración de la /s/ implosiva. Frente a la afirmación de Palacios de que “nunca articulamos los chilenos la d con energía explosiva” (Saavedra, 1905, p. 136), que sustentaría la atribución de un origen gótico para la conservación de esta consonante después de /n/ (como en *andar*), señala que este último fenómeno es “un hecho normal y amplio en la lengua castellana” y que “para explicar la supervivencia de d después de n no es necesario invocar influencia gótica” (Saavedra, 1905, p. 140). Sobre la /s/ aspirada, su cuestionamiento tiene que ver más bien con el efecto de la aspiración en las consonantes contiguas, que según Saavedra, y contra Palacios, sí se produce (como mostrarían ejemplos tales como *refalar*). Hacia el final de su crítica, añade dos objeciones de mayor alcance, por tratarse de contradicciones lógicas en los argumentos del autor de *Raza Chilena*. Primero, por un lado, Palacios niega influencia mapuche en la pronunciación chilena, y por otro, sostiene que “las madres de las primeras jeneraciones de chilenos fueron todas araucanas” (Saavedra, 1905, p. 143), a la vez que niega influencia lingüística árabe en la Península ibérica en virtud de que los conquistadores musulmanes no habrían venido con sus mujeres. Segundo, Palacios atribuye la pronunciación *güeno* a origen gótico, pero también señala a los murcianos y aragoneses como “esclusivamente latinos, siendo que murcianos i aragoneses dicen *güeno, juerte, jué, ajuera, icir* [...] y muchísimas cosas mas como nosotros” (Saavedra, 1905, p. 143).

Puede verse, entonces, que Saavedra difiere de la historización revisionista del castellano chileno levantada por Palacios, así como de algunas caracterizaciones particulares que este hace de la pronunciación chilena. Sin embargo, declara compartir con el autor de *Raza Chilena* el propósito nacionalista: “Pero estos excesos a que lo lleva, señor, su *parti pris* de probar nuestro noble abolengo no aminora el valor de las saludables advertencias de su libro, tan útiles hoi que todo lo extranjero prima en

Chile sobre lo nacional, bueno o malo” (Saavedra, 1905, p. 143). Es precisamente esta vía argumental, la del cultivo de la identidad lingüística chilena en clave nacionalista, la que Saavedra desarrollará un par de años más tarde en *Nuestro idioma patrio* (Saavedra, 1907), que nos interesa examinar con más detalle debido a que, a pesar de que en este discurso no se refiere a la obra de Palacios, desarrolla ideas que dan cuenta del clima de opinión nacionalista que motiva la valoración positiva que Saavedra hace del patriotismo que identifica en *Raza Chilena*.

Nuestro idioma patrio es una “conferencia (de estension universitaria) dada en la Universidad de Chile el 31 de julio de 1907” (Saavedra, 1907, p. 3) que circuló también en la Revista de la Asociación de Educación Nacional, dirigida por el propio autor. Versa sobre las “consideraciones filológicas que establecen su independencia [de “nuestro idioma patrio”] i político-educativas que recomiendan su cultivo” (Saavedra, 1907, p. 3). Tal caracterización inicial del asunto de la conferencia revela sus puntos de convergencia clave respecto de la sección lingüística de *Raza Chilena*. Aunque Palacios no lo plantea en términos de “independencia”, sí que resalta la “exclusividad” del dialecto chileno en virtud de ser una manifestación de la sicología colectiva de sus hablantes. Asimismo, el “cultivo” de la diferencia lingüística conlleva su dignificación y por tanto una actitud hacia el habla popular de signo opuesto al predominante en la ideología lingüística bellista. Otra clave de lectura que Saavedra ofrece al comienzo de su opúsculo corresponde a las citas que hace de Sarmiento y Lastarria, que dan cuenta del horizonte romántico-nacionalista que lo inspira. De Sarmiento reproduce aquel segmento de la controversia filológica de 1842 que afirma la soberanía lingüística popular; de Lastarria, su discurso, también de 1842, que propone la nacionalización de la literatura, planteada como manifestación representativa y exclusiva del pueblo chileno.

Saavedra plantea que en Chile la educación ha sido utilizada, erróneamente, para “desviar el cauce de nuestro idioma patrio hácia el ideal de la unificación del lenguaje de todos los pueblos hispano-americanos” (Saavedra, 1907, p. 6). Esta es la manera en que sintetiza todo el programa de intervención en el lenguaje impulsado por Bello y sus epígonos: un lamentable desatino que no ha contribuido sino a desnacionalizar la cultura chilena. Gran parte de la conferencia de Saavedra está dedicada a desarrollar un relato historiográfico sobre la lengua castellana, desde sus orígenes en el latín peninsular hasta la fecha actual. Si bien este relato, a diferencia del de Palacios, se atiene a lo entonces comúnmente aceptado en el campo de las ciencias del lenguaje⁵,

5. Por esto también es que Saavedra, a diferencia de Palacios, recurre a una bibliografía lingüística especializada que le sirve de respaldo, entre cuyos nombres sobresalen el *Manual de gramática histórica* de Ramón Menéndez Pidal, *La lengua de Cervantes* de Julio Cejador y Frauca y diversos trabajos de Rodolfo Lenz, así como las menciones a Gaston Paris, Henry Sweet, Paul Passy y otros. Vale la pena destacar que también incluye en su bibliografía un par de obras de Gustave Le Bon.

confluye con *Raza Chilena* en su finalidad: establecer la particularidad del dialecto chileno como resultado de una serie de procesos históricos *naturales*, frente a los cuales se opone, como una fuerza *artificial*, el programa estandarizador bellista que ha buscado aplanar las particularidades dialectales americanas para uniformar en torno a la norma castellana. En la historia del paso del latín al castellano, según este relato, pueden comprobarse una serie de principios que explican la diferenciación del castellano chileno y de todas las variedades nacionales americanas:

[...] nada pudo detener la tendencia natural a cambiar que observamos en todas las lenguas. [...] todas las lenguas tienden a dividirse, primero en un grupo de dialectos, i despues en un grupo de idiomas emparentados (Saavedra, 1907, p. 8).

El lenguaje, obedeciendo a impulsos todavia mal conocidos, unos fisiológicos, otros sicológicos, avanza modificándose sin cesar, pero manteniendo su personalidad (Saavedra, 1907, p. 9).

El lenguaje familiar [...] es un organismo natural, actual, i está sometido a las mismas leyes biológicas que gobiernan a todos los seres vivos; es variable i marcha adaptándose a las necesidades del día (Saavedra, 1907, p. 10).

Saavedra concluye que la fragmentación del castellano ya se había consumado al momento de la Independencia, y que “tarde o temprano será necesario dar al castellano de Chile un nombre que lo distinga de las otras ramas; llamarlo chileno desde luego, solo será anticiparse a usar una palabra que es como una caricia para cualquier corazon que sepa latir” (Saavedra, 1907, p. 15). La fragmentación, como se ve con claridad en esta última cita, no es para nuestro autor motivo de alarma, sino de orgullo patriota; por eso es que, en lugar de intentar frenarla, hay que cultivarla conscientemente, partiendo por el simbólico hito de *nombrarla*, darle un nombre que manifieste su especificidad en relación con el *castellano* o *español*. También Saavedra indica un conjunto de prácticas lingüísticas que, desde su punto de vista, dan cuenta de la separación del chileno respecto del español: “Fenómenos tan amplios como la *trasformacion de la s final de sílaba* i el *de espletivo* bastarian por si solos para establecer la independencia de nuestro dialecto, sin contar el inmenso vocabulario indígena ni el no ménos numeroso de voces castellanas que empleamos en diversa forma o sentido” (Saavedra, 1907, p. 15-17; resaltes del original). En notas a pie de página, aporta numerosos ejemplos de aspiración de /s/, de dequeísmo (y queísmo), de las diferencias semasiológicas⁶ (de las que aporta “50 ejemplos, referentes solo al signi-

6. Aunque advierte, al final de la lista de ejemplos, que “las palabras entre paréntesis”, que serían los equivalentes castellanos, “se usan tambien aquí, es cierto, pero no son *populares*, lingüísticamente hablando: las otras talvez se usen tambien en España, pero no son populares, al ménos en Madrid” (Saavedra, 1907, p. 17).

ficado, recojidos en diez minutos"; Saavedra, 1907, p. 17) y de "otras peculiaridades de nuestra lengua" (Saavedra, 1907, p. 15), entre las que incluye la personalización de *haber* existencial ("*habian* nuevos antecedentes") y conjugaciones regularizadas por analogía ("*forzan*", "*renovan*").

Por otro lado, Saavedra resalta que el dialecto chileno, antes de la "reaccion hispanista" liderada por Bello, era "uniforme de alto abajo de la sociedad" y es "mas o menos el mismo que hoi se oye en boca de los guasos" (Saavedra, 1907, p. 18). Para Saavedra, la unidad idiomática no hay que buscarla en el plano internacional, sino dentro de los límites de la nación:

[...] hai que dolerse de que el ilustre Bello no empleara su gran ascendencia en hacer respetar los fueros de nuestro idioma patrio y de que contibuyera a la separacion de las castas sociales, agregando a las diferencias de fortuna la de lenguaje. Ese es el verdadero daño, un daño inmenso, para un pais que escribía en su Carta Fundamental la palabra *democracia* i que ha luchado sangrientamente por alcanzarla. Por eso, la unidad de lenguaje en Chile es un problema mucho mas palpitante para nosotros que la unidad de lenguaje hispano-americano (Saavedra, 1907, p. 19).

Este aspecto de las ideas de Saavedra muestra su condición sintomática del momento de integración y cohesión social que, según Subercaseaux (2011), caracteriza al nacionalismo cultural chileno. En esta misma lógica, Saavedra establece una relación de continuidad orgánica entre el lenguaje popular y el literario, a pesar de haber calificado el primero de "natural" y el segundo de "artificial": "No hai que creer, sin embargo, que entre el lenguaje del guaso o del roto i el academizado de los literatos haya una laguna o una línea de demarcacion. Ambos se confunden en una serie de matices intermedios que se entrecruzan i compenetran" (Saavedra, 1907, p. 19).

La "reacción hispanista", para Saavedra, no sólo ha sido dañina por alterar la organicidad lingüística del cuerpo nacional (favorecida "por tener una raza uniforme"; Saavedra, 1907, p. 19), sino también y sobre todo por su tendencia extranjerizante, esto es, opuesta al patriotismo. Se basa en el ideal de "remedar a los españoles" (Saavedra, 1907, p. 19), y "aunque el *Diccionario de la Real Academia* y la *Gramática de Bello*, sobre todo en América, han sido un código férreo para medir el lenguaje, el ideal nunca ha sido bien definido" (Saavedra, 1907, p. 21). Pero incluso si la norma española por imitar estuviera claramente delimitada, el problema es de mayor calado. Si "la lengua de un pueblo refleja toda su alma i compendia su sicología" y si "el pensamiento de una raza es su idioma"⁷ (Saavedra, 1907, p. 22), intentar adaptarse a una forma de lenguaje que no es nacional es un acto de violencia antinatural y de consecuencias políticas nefastas:

7. En este punto, Saavedra remite a G. Le Bon y G. Paris, además de a C. Bunge.

No sólo por amor propio i dignidad no debemos abandonar, ni perseguir, ni despreciar nuestra lengua materna, como hasta hoi lo hemos hecho; sino que por patriotismo, por nacionalismo, debemos resistir a la conquista de nuestra alma nacional por las ideas extranjeras, que nos vienen envueltas en ropajes de palabras tambien extranjeras.

Una nacion que, como España, dispone de un idioma usado como lengua materna por millones de hombres, ejercerá sobre las naciones americanas, si estas continúan asimilando su idioma, sus ideas, su alma, una influencia tal, que el libre desarrollo del alma de nuestras patrias será estorbado i encauzado en el lecho de la civilizacion hispana (Saavedra, 1907, pp. 22-23).

A diferencia de los discursos del hispanismo, para Saavedra no existe una comunidad imaginada en que España y Chile formen parte de la misma “nación” cohesionada por la lengua y la cultura. La relación entre naciones, necesariamente, es de diferenciación y oposición. Por ello en Saavedra hay una actitud contraria a la RAE y su régimen de normatividad lingüística, que necesariamente gira en torno a los modelos españoles y por añadidura introduce una odiosa división clasista:

El *casticismo academizante* es enfermedad aristocrática i mui contagiosa, i suele atacar hasta el carácter del individuo, pues lo hace altanero i lo infla de desprecio para con “la plebe que no sabe hablar”. Los que enseñan al niño que son *vicios i corrupciones* las palabras i los jiros que cada día oye en boca de personas respetables, hasta de su padre i madre, estan minando el respeto del niño para con los mayores, en vez de cultivarlo. Los que dicen a la juventud que solo en España se habla bien, le quitan el respeto por su propia nacionalidad, dejando entrever que no es hombre instruido i bien educado el que usa palabras que no cuentan con la aprobacion de la Academia Española. ¡Cómo puede permitirse que la enseñanza del idioma patrio sirva para desnacionalizar a los niños! (Saavedra, 1907, p. 26).

Incluye en su crítica a la Academia Chilena correspondiente de la Española (fundada en 1885, pero por esta fecha inactiva), sin nombrarla abiertamente: “Hemos sido mas papistas que el Papa; los mismos académicos han declarado que en su *Diccionario* hai mucho que enmendar i mas que agregar, miéntras los correspondientes se hacen mas académicos que toda la real corporacion” (Saavedra, 1907, p. 26).

En este y otros puntos, Saavedra confluye con el romanticismo representado por Sarmiento y su antiacademicismo (Velleman, 2004). La política lingüística que propone Saavedra es separatista: “El camino está trazado: todo pueblo debe cultivar su propio carácter, i desarrollar sus propias cualidades” (Saavedra, 1907, p. 23), y esto con el fin de evitar la ruina de la nación (“Erijir a España en árbitro del buen decir es un suicidio colectivo”; Saavedra, 1907, p. 25). En concreto, aspira a intervenir, por

un lado, en la codificación, a través de la creación de instrumentos lexicográficos y gramaticales, y en la planificación del corpus, a través de la creación de una literatura nacional (de ahí la cita a Lastarria con que inaugura su conferencia). Sobre los códigos, señala:

En la boca de nuestros niños i de todos los injenuos, debemos ir a buscar las leyes de nuestro idioma i no en las obras académicas. I una vez encontradas, formar con esas leyes el código de nuestro idioma patrio, la Gramática Chilena.

Necesitamos también un Diccionario, no de chilenismos, sino chileno, es decir, un archivo en que las voces de nuestro idioma fraternicen i se den la mano; un archivo democrático, como nuestra Constitucion, en que las palabras blancas, morenas i mestizas, mezcladas sin distincion de castas ni de razas, encuentren igualdad ante la lei, derecho a todos los honores i abiertas las puertas del tempo del arte i de las mas rejias mansiones (Saavedra, 1907, p. 28).

Sobre la literatura, considera que se trata de la “espresion mas íntima de la conciencia de una nacion” (Saavedra, 1907, p. 31), y que “no basta con tener grandes escritores para tener literatura patria: es preciso que en esos escritores esté espresada poderosamente el alma misma de la nacion” (Saavedra, 1907, p. 31). La “verdadera, la completa literatura chilena”, que “todavía está por hacerse” y “es una necesidad nacional”, para Saavedra debe tener raigambre popular:

La masa del pueblo, en su relaciones cotidianas, emplea un lenguaje que casi nunca encuentra una espresion duradera por la escritura, pero que no obstante es el instrumento de una rica literatura, literatura oral cuyo jénero predilecto es el cuento maravilloso a la manera de las *Mil i una noches*. Por esa literatura que solo se trasmite de boca a boca se manifeista mil veces mejor nuestro espíritu nacional i ella es la única base espontánea en que puede formarse una literatura escrita, del propio modo que el dialecto hablado es la base de la lengua literaria (Saavedra, 1907, pp. 27-28).

En este sentido, su política lingüística, asimismo, es populista, pues pone al lenguaje “popular” como expresión auténtica del alma colectiva de la nación: “Tal es el alcance, no sospechado por Bello, de prestigiar todo otro lenguaje que no sea el que se basa en la índole de las espresiones populares” (Saavedra, 1907, p. 25).

El sitio de implementación de esta política lingüística, como era esperable, es para Saavedra la educación: “dentro del país, el ideal que la Educacion Nacional debe proponerse en el ramo de Idioma Patrio, es prestigiar la literatura i dialecto chilenos, fomentando por medio de tolerancias lingüísticas i de un criterio mas respetuoso, el libre desarrollo de un idioma nacional, para que, convertido en un apto concurrente,

decida en su favor la selección i el triunfo” (Saavedra, 1907, p. 32). Este párrafo de cierre de su conferencia hace un evidente guiño al marco social-darwinista que subyace como referente teórico del nacionalismo cultural chileno. A fin de cuentas, Saavedra tiene una postura expansionista similar a la que identificamos en Unamuno:

Chile tiene en su horizonte una doble perspectiva: debe preservar su personalidad de los solícitos pero engañosos rumbos que le muestra la cultura europea, i debe propender a la expansion de su raza i su alma. [...] Debemos pues amparar no solamente la invasion de los mercados sud-americanos por el capital i los productos chilenos, hai que amparar tambien la expansion del alma chilena, cuyo vehículo mas importante es la literatura i el lenguaje (Saavedra, 1907, p. 32).

Finalmente, cabe precisar que hay un punto importante en que Saavedra se diferencia de Palacios. Si para Palacios el lenguaje está asociado a la nación mediante el constructo de la “raza chilena” definida por la sangre, Saavedra define la nación en términos de comunidad afectiva, en el mismo sentido en que Boas consideraba la “vida emocional” como fundamento de la nación:

Lo que constituye una nacion, lo que da verdaderamente una patria, no es solo, señores, la coexistencia puramente material, creada por la fuerza i mantenida por la costumbre, de cierto número de hombre en una misma asociacion política. Tampoco basta la comunidad de intereses. [...] La conciencia nacional puede tener fuentes diversas: ora descansa en la raza, ora en la cultura, ya en la relijion [...]. Pero cualquiera sea el orijen de la vida nacional, ella se manifiesta de idéntica manera: por los afectos. Una nacion no existe realmente sino cuando ama i es amada. Sólo son hermanos i miembros de un mismo cuerpo los que aman algo en comun i exclusivamente. [...] Esa es la verdadera vida nacional i una de las mas hermosas formas de la vida humana, la cual se personifica por la comparacion i oposicion con otros organismos, por una parte, i por la espresion que le da la literatura, por la otra (Saavedra, 1907, pp. 29-31).

En resumen, *Nuestro idioma patrio*, de 1907, permite reconstruir el entramado teórico a partir del cual se sostiene la valoración positiva que Saavedra hace de la obra de Palacios en 1905, a pesar de no estar completamente de acuerdo con este en los detalles de sus argumentos lingüísticos. Es posible imaginar que Saavedra diría que Palacios estaba en lo correcto (hay que legitimar y cultivar el dialecto popular nacional), pero por las razones equivocadas. Arancibia, como ya se indicó, caracteriza a Saavedra como un “ardiente partidario de Palacios” (Arancibia, 1986, p. 96), afirmación que sin duda es necesario matizar, a la vista de lo expuesto y de que en su texto de 1907 ni siquiera menciona a Palacios ni lo incluye en su bibliografía. Por otra

parte, las ideas expresadas por Saavedra en este opúsculo dan cuenta cabal del espíritu de integración nacional característico del nacionalismo chileno de esta época, y de la centralidad del lenguaje en su ideario y manera de entender el problema del cuerpo nacional. En conclusión, no puede postularse una influencia significativa de la obra de Palacios en las intervenciones glotopolíticas de Saavedra, sino más bien una afinidad ideológica y política dada por su contexto de producción.

Aunque Arancibia (1986, p. 96) sitúa las intervenciones de Saavedra entre las reacciones a la polémica crítica de Unamuno a Palacios, lo cierto es que no hemos logrado localizar los textos en los cuales Saavedra se habría enfrascado en una “violenta discusión periodística con Unamuno” (Arancibia, 1986, p. 96), documentos que esta historiadora chilena tampoco identifica con precisión. Unamuno sí que publicó, en *La Nación* de Buenos Aires, en marzo de 1908, un comentario crítico sobre *Nuestro idioma patrio* de Saavedra (Unamuno, ([1908]1958b), pero ya hemos visto que en aquel opúsculo este no se refería a Unamuno ni a Palacios. Solo tenemos constancia de una carta de Luis Ross Mujica a Unamuno fechada a comienzos de febrero de 1908, en la que Ross comenta, probablemente ya informado de que Unamuno preparaba un texto crítico sobre la obra de Saavedra:

El Sr. Saavedra, que es un buen joven, está empapado en “Raza Chilena”. Proposición suya fué aquella de que “tal libro debiera ser la Biblia de los chilenos”. Es estudioso y su meneo le hará bien. Pero... voy á decirle algo que estoy sintiendo, la dureza quizás irrite su soberbia de él y por pasión sostenga sus errores. Por pasión, por mala soberbia. El pobre autor de “Raza Chilena” quedó enfermo. Este joven Saavedra, en cambio, pueda (sic) dar mucho á su pais (sic) y quizás sea preferible enseñarle con suavidad. Eso del “idioma nacional” tiene chiflados á unos cuantos (De Barros Dias, 1994, pp. 231-232).

La crítica de Unamuno a Saavedra se concentra, igual que en su crítica a Palacios, en que “la ciencia lingüística del señor profesor Saavedra es bastante deficiente” (Unamuno, ([1908]1958b, p. 854). Destaca que todos los ejemplos que Saavedra considera chilenismos son barbarismos generales del español o bien voces de uso popular en distintas partes de España (especialmente Andalucía). A diferencia de Saavedra, Unamuno cree que “las peculiaridades fonéticas y morfológicas del castellano que en América se habla son peculiaridades intrínsecas al castellano mismo” (Unamuno, [1908]1958b, p. 858). La distorsión de la opinión de Saavedra, además de deberse a una mala información lingüística, es atribuida por Unamuno a una “ojeriza y hostilidad a España y lo español más que amor a Chile y lo chileno” (Unamuno, ([1908]1958b, p. 854). El filólogo vasco concluye:

Al profesor Saavedra le preocupa el que su pueblo llegue a tener una verdadera literatura propia, y con ella una personalidad. Está muy bien esto y es preocupación muy plausible. Pero su pueblo puede llegar a tener una literatura propia, reflejo de su alma, y tenerla en castellano [...]. No necesitan los chilenos tener una gramática y un diccionario propios [...] para tener un alma suya propia (Unamuno, [1908] 1958b, pp. 860-861).

4. Conclusiones

El presente estudio nos ha permitido verificar que el etnonacionalismo lingüístico de Nicolás Palacios no corresponde a un producto intelectual aislado de su contexto y completamente divergente respecto de otros autores. Eso sí, tiene sus particularidades (principalmente la dimensión biologicista de su concepción racial y de sus consecuencias lingüísticas, y su historiografía revisionista de la formación del castellano) y un carácter decididamente excéntrico respecto de los saberes disciplinares legitimados de su época, lo cual motivó la recepción predominantemente negativa que tuvieron sus ideas sobre el castellano chileno en el campo científico de los estudios del lenguaje. Sin embargo, por representar muy bien el ethos nacionalista y el espíritu de integración que Subercaseaux (2011) identifica como clima de opinión predominante en las primeras décadas del siglo XX chileno, incluso entre quienes no compartían sus argumentos lingüísticos hubo muchos que sí se cuadraron con su defensa de los sectores populares y su propuesta de legitimar y cultivar la diferencia lingüística, encarnada en el “dialeuto lijítimo” del pueblo chileno.

Precisamente en este punto es donde Palacios y otros etnonacionalistas lingüísticos representan un punto de fuga respecto de la ideología dominante del largo siglo XIX chileno. Frente al elitismo sociocultural del hispanismo bellista, el etnonacionalismo chileno pone en el centro al constructo del “pueblo”, encarnado prototípicamente en el “roto”, lo cual conlleva una polaridad actitudinal inversa a la hasta entonces predominante. Además, el etnonacionalismo lingüístico plantea un fuerte escepticismo frente a la idea de que Chile quede subsumido en la comunidad imaginada transnacional que sirve de fundamento al hispanismo, que de hecho la mayor parte de las veces se manifiesta como un decidido antiespañolismo. Así se explica la intervención reactiva de Unamuno (también hispanista, como vimos, aunque muy *sui generis*) y su impacto en el medio intelectual chileno. Los procesos sociales, económicos y políticos que marcan la parte central del siglo XX chileno, vinculados a la emergencia política de los sectores populares y medios y la era del populismo ibañista (Donoso Fritz, 2023), así como la confluencia con la transformación del campo de los estudios del lenguaje atribuible a Lenz (Rojas, 2024), hacen que dicha fuerza centrífuga se potencie y presente un contrapeso, o al menos un contrapunto insoslayable para el hispanismo, que representa la ideología lingüística dominante de todo el largo siglo XIX chileno.

Financiamiento

Proyecto ANID/FONDECYT/Regular-1230462.

Conflicto de interés

El autor declara no tener conflicto de interés.

Sobre el autor

DARÍO ROJAS es Doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Valladolid y académico (Profesor Asociado) del Departamento de Lingüística de la Universidad de Chile. Sus investigaciones, situadas desde el enfoque glotopolítico, tratan sobre la formación de ideologías lingüísticas en Chile desde el siglo XIX en adelante. Ha publicado más de medio centenar de artículos en revistas científicas y capítulos de libro sobre sus intereses investigativos, además de haber coeditado la antología *Autorretrato de un idioma. Cretomatía glotopolítica del español* (Lengua de Trapo, 2021). También es autor del libro de divulgación *¿Por qué los chilenos hablamos como hablamos?* (Uqbar, 2015) y de una edición crítica del *Diccionario de chilenismos* de Zorobabel Rodríguez (Peter Lang, 2024). Correo electrónico: darioroj@uchile.cl.  <https://orcid.org/0000-0002-6137-8491>

Referencias

- Alvarado, M. (2005). La pulsión por la identidad: Nicolás Palacios, maldito y moderno. *Literatura y Lingüística*, 16, 15-30. <http://dx.doi.org/10.4067/S0716-58112005000100002>.
- Androutsopoulos, J. (2000). Non-standard spellings in media texts: the case of German fanzines. *Journal of Sociolinguistics*, 4(4), 514-533. <http://dx.doi.org/10.1111/1467-9481.00128>.
- Arancibia, P. (1986). Recepción y crítica a Raza Chilena: los comentarios de Miguel de Unamuno. *Dimensión Histórica de Chile*, 3, 63-98.
- Barkan, E. (1992). *The retreat of scientific racism. Changing concepts of race in Britain and the United States between the world wars*. Cambridge University Press.
- Bivort, P. (2022). *Genealogía del racismo chileno. Ensayos sobre Raza Chilena de Nicolás Palacios*. Tesis de magíster, Universidad de Chile.
- Bonfiglio, T. P. (2010). *Mother tongues and Nations: The invention of the Native Speaker*. Mouton de Gruyter. <http://dx.doi.org/10.1515/9781934078266>.
- Cid, G. y San Francisco, A. (Eds.) (2009). *Nación y nacionalismo en Chile*. Siglo XIX. Centro de Estudios Bicentenario.
- Cid, G. y San Francisco, A. (Eds.) (2010). *Nacionalismo e identidad nacional en Chile*. Siglo XX. Centro de Estudios Bicentenario.

- Cifuentes, J. (2022). Lengua, raza y nacionalismo: la propuesta de Julio Saavedra Molina para la emancipación del idioma patrio. *Boletín de Filología*, 57(1), pp. 261-290. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-93032022000100261>.
- De Barros Dias, J. M. (1994). Correspondência de Luis Ross Mugica com Miguel de Unamuno. Cátedra Miguel de Unamuno. *Cuadernos*, 29, 207-239.
- Del Valle, J. (2024). *Lo político del lenguaje. Travesía por el español y sus malestares*. Verba Volant.
- Del Valle, J. y Meirinho-Guede, V. (2016). Ideologías lingüísticas. En J. Gutiérrez-Rexach (Ed.), *Enciclopedia de lingüística hispánica*, vol. 2 (pp. 622-631). Routledge.
- Donoso Fritz, K. (2023). *Populismo en Chile. De Ibáñez a Ibáñez*. Tomo III: Populismo y políticas culturales. Lom.
- Eisenlohr, P. (2006). Linguistic Ethnonationalism. En K. Brown (Ed.), *Encyclopedia of Language and Linguistics*, 2.^a ed. (pp. 187-193). Elsevier. <http://dx.doi.org/10.1016/B0-08-044854-2/03034-0>.
- García Blanco, M. (1958). Prólogo. En M. de Unamuno, Obras completas. Tomo VI: *la Raza y la Lengua. Colección de escritos no recogidos en sus libros* (pp. 7-76). Dir. Manuel García Blanco. Afrosdisio Aguado.
- Gazmuri, C. (1981). Notas sobre la influencia del racismo en la obra de Nicolás Palacios, Francisco A. Encina y Alberto Cabero. *Historia*, 16(1), 225-247.
- Geeraerts, D. ([2003] 2016). Cultural models of linguistic standardization. *Diacronia*, 3, 1-21. <http://dx.doi.org/10.17684/i3A36en>.
- Hobsbawm, E. ([1990] 1992). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Trad. Jordi Beltrán. 2.^a ed. Crítica.
- Hutton, C. (1999). *Linguistics and the Third Reich. Mother-tongue fascism, race and the science of language*. Routledge.
- Hutton, C. (2006). Nationalism and Linguistics. En K. Brown (Ed.), *Encyclopedia of Language and Linguistics*, 2.^a ed. (pp. 485-488). Elsevier. <http://dx.doi.org/10.1016/B0-08-044854-2/01363-8>.
- Irvine, J. y Gal, S. (2000). Language Ideology and Linguistic Differentiation. En P. V. Kroskrity (Ed.), *Regimes of Language: Ideologies, Politics, and Identities* (pp. 35-84). Oxford: Oxford University Press.
- Larraín, J. ([2001] 2014). *Identidad chilena*. 2.^a ed. Lom.
- McElhinny, B. y Heller, M. (2020). The linguistic intimacy of five continents. Racializing language in empire. En H. S. Alim, A. Reyes y P. V. Kroskrity (Eds.), *The Oxford Handbook of Language and Race* (pp. 131-152). Oxford University Press. <http://dx.doi.org/10.1093/oxfordhb/9780190845995.013.8>.
- Oroz, R. (1940). Bibliografía del español en Chile. En *El español en Chile. Trabajos de Rodolfo Lenz, Andrés Bello y Rodolfo Oroz* (pp. 300-324). Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires.

- Ostrowski, M. (2022). *Ideology*. Polity Press.
- Palacios, N. ([1904] 1918). *Raza Chilena: Libro escrito por un chileno y para los chilenos*. 2.^a ed. Editorial Chilena.
- Pinto, J. y Salazar, G. (1999). *Historia contemporánea de Chile. 2: Actores, identidad y movimiento*. Lom.
- Resina, J. R. (2004). "Por su propio bien". La identidad española y su Gran Inquisidor, Miguel de Unamuno. En J. del Valle y L. Gabriel-Stheeman (Eds.), *La batalla del idioma. La intelectualidad hispánica ante la lengua* (pp. 137-166). Iberoamericana/Vervuert.
- Rojas, D. (2014). Nicolás Palacios and Chilean Spanish: ethnolinguistic nationalism in nineteenth century Latin America. *Beiträge zur Geschichte der Sprachwissenschaft*, 24(2), 247-265.
- Rojas, D. (2016). La historización del español de Chile en *Raza Chilena* de Nicolás Palacios. *RILCE. Revista de Filología Hispánica*, 32(2), 467-488. <https://doi.org/10.15581/008.32.2.467-88>.
- Rojas, D. (2024). Semblanzas. Rodolfo Lenz. *Anuario de Glotopolítica*, 6. <https://glotopolitica.com/aglo-6/rojas/>.
- Rojas, D., Avilés, T. y Villarroel, N. (2021). El orden de la lengua: la formación de un imaginario sobre el castellano en Chile. En B. Rogers y M. Figueroa (Eds.), *Lingüística del castellano chileno. Estudios sobre variación, innovación, contacto e identidad* (pp. 139-161). Vernon Press.
- Rojas Carrasco, G. (1940). *Filología chilena. Guía bibliográfica y crítica*. Ediciones de la Universidad de Chile.
- Saavedra, J. (1905). El tema pronunciación en el libro *Raza chilena*. *Panthesis. Revista mensual de sociología, arte, etc.* 7, 136; 8, 140-143.
- Saavedra, J. (1907). *Nuestro idioma patrio*. Ed. de La Revista.
- Silva Castro, R. (1950-1951). Semblanza de don Julio Saavedra Molina. *Boletín de Filología*, 6, 9-23.
- Soto, G. (2016). Rodolfo Lenz y la enseñanza del castellano como idioma patrio en Chile. *Boletín de Filología*, 51(1), 211-238.
- Subercaseaux, B. (2011). *Historia de las ideas y la cultura en Chile: desde la Independencia hasta el Bicentenario*. Volumen II, Tomo IV: Nacionalismo y cultura. Editorial Universitaria.
- Thomas, M. (2024). Racialization, language science, and nineteenth century anthropometrics. En A. H. Charity Hudley, Ch. Mallinson y M. Bucholtz (Eds.), *Decolonizing linguistics* (pp. 47-60). Oxford University Press. <http://dx.doi.org/10.1093/oso/9780197755259.003.0003>.
- Thompson, J. B. (1984). *Studies in the theory of ideology*. University of California Press.

- Tupper, P. (1987). Ideario de Nicolás Palacios. En N. Palacios, *Raza chilena* (pp. xv-xxxi). Ediciones Colchagua.
- Unamuno, M. de ([1908] 1958a). El idioma nacional. En *Obras completas*. Tomo VI (pp. 844-853). Afrodisio Aguado.
- Unamuno, M. de ([1908] 1958b). Más sobre el idioma nacional. En *Obras completas*. Tomo VI: (pp. 854-863). Afrodisio Aguado.
- Unamuno, M. de ([1923] 1958). La fiesta de la raza. En *Obras completas*. Tomo VI (pp. 941-943). Afrodisio Aguado.
- Velleman, B. L. (2004). Antiacademicismo lingüístico y comunidad hispánica: Sarmiento y Unamuno. En J. del Valle y L. Gabriel-Stheeman (Eds.), *La batalla del idioma. La intelectualidad hispánica ante la lengua* (pp. 35-65). Iberoamericana/Vervuert.

CUHSO

Fundada en 1984, la revista CUHSO es una de las publicaciones periódicas más antiguas en ciencias sociales y humanidades del sur de Chile. Con una periodicidad semestral, recibe todo el año trabajos inéditos de las distintas disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades especializadas en el estudio y comprensión de la diversidad sociocultural, especialmente de las sociedades latinoamericanas y sus tensiones producto de la herencia colonial, la modernidad y la globalización. En este sentido, la revista valora tanto el rigor como la pluralidad teórica, epistemológica y metodológica de los trabajos.

EDITOR

Matthias Gloël

COORDINADOR EDITORIAL

Víctor Navarrete Acuña

CORRECTOR DE ESTILO Y DISEÑADOR

Ediciones Silsag

TRADUCTOR, CORRECTOR LENGUA INGLESA

Mabel Zapata

SITIO WEB

cuhso.uct.cl

E-MAIL

cuhso@uct.cl

LICENCIA DE ESTE ARTÍCULO

Trabajo sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0)